

ser devotos de María, adornada por el Eterno con tantos dones y privilegios. El hombre cuyo anhelo es amar lo más perfecto y lo más hermoso, ¿cómo no amará á esta Reina que reúne en sí todo cuanto hay de grande, de hermoso, de sublime y de celestial despues de Dios? Deputada por su Hijo santísimo para ser Madre de los mortales, habiéndolos Ella misma engendrado en el Calvario en la sangre de su Hijo, ¿cómo no la amaremos, cómo no la agradeceremos su solicitud y su ternura hácia nosotros? Y si estos motivos no son suficientes, muévannos á piedad nuestro propio interés, nuestra felicidad eterna, y acaso nuestros intereses temporales; todo depende de María, pues Ella es, segun San Antonino (p. h. l. 1. y cap. xx), la Madre de todos los bienes, y el mundo puede decir que todo le ha venido por medio de María.

Acudamos, pues, amados míos, con confianza al trono de la gracia de Dios. ¿Quién ha invocado á María, dice Inocencio III (Serm. 3. *De Asumpt.*), y no ha sido oído de Ella? ¿Quién rogó jamás el omnipotente auxilio de María, y fué abandonado? Postrémonos, pues, á sus piés, y digámosla con la Iglesia las dulces y grandiosas palabras con que la saludó el Angel: «Dios te salve, María, etc.»

SERMON PANEGÍRICO

PARA LA FIESTA DE LA

VÍRGEN CON EL TÍTULO DE LA DIVINA PASTORA

SOBRE LA

ELLIACION DIVINA DEL HOMBRE EN EL VERBO ETERNO Y EN SU MADRE MARÍA.

Invisibilia enim ipsius per ea quæ facta sunt intellecta conspiciuntur.

Las cosas invisibles de Dios se ven por las visibles, si son comprendidas.

(ROMANOS, cap. 1, vers. 20.)

Hay, entre la gran serie de objetos que constituyen el mundo material, una sustancia invulnerable, siempre viva, siempre permanente, siempre inaccesible á los conatos con que se la quiera destruir ó se intente ocultarla. Entre los seres puramente materiales incapaces de sensibilidad y privados de razon, ella sola es la única que parece estar dotada de una especie de genio, cuya tendencia es vivificarlo todo, animar lo inanimado, realzar la hermosura é imprimir conocimiento á todas las cosas. Es el consuelo del que vive en lóbrega mazmorra, la esperanza del náufrago, la alegría del viandante, causa risa á las flores, da el tono al diapason de las avecillas de los valles, platea las aguas, dora los prados y sus mieses, y baña en torrentes de alegría á los hijos de Dios. Este genio vivificador es la luz.

Lo que es la luz respecto de los cuerpos materiales, es Dios respecto de los espíritus; y así como aquélla da

vida y animacion al mundo material, y así como jamás se la puede ocultar, por muchos velos de que se la pretenda rodear ó encubrir, así el Sér espiritual por esencia es la vida de las almas racionales, brillando la luz increada en las tinieblas, y no pudiéndose esconder á quien tenga potencias racionales, así como la luz material no puede ocultarse á quien tenga potencia visiva; razon por la que, entre las innumerables apelaciones con que los autores sagrados han denominado al Sér divino, ninguna se le ha dado todavía, tomándola de una cosa puramente material, para hacer de ella una especie de atributo esencial á la Divinidad, sino es ésta. Con tan magnífico exordio empieza el Evangelio del Discípulo amado, y con la misma naturaleza de lenguaje hablan los demás Apóstoles. «Dios, dicen, es luz, y jamás habrá en Él tinieblas.» *Quia Deus lux est; et tenebræ in eo non sunt ullæ.*

Sin embargo, es preciso convenir en que la humanidad unas veces ha querido hacerse la desentendida para no ver esta luz; otras ha pretendido arrojar sobre ella un tupido crespon, y tambien alguna vez, á semejanza de los salvajes que despiden hácia el cielo puñados de arena maldiciendo al sol, ha levantado su mano contra el Omnipotente, cubriendo sus ojos para no ver la luz que le ilumina: conato vano, cuyo resultado fuera la confusion de la humanidad altiva y al mismo tiempo la ocasion de que el Sol increado, extendiendo con más gloria y majestad las fulgurantes madejas de su eterna luz, se haya derramado hasta los más remotos confines del mundo, para que nadie se esconda de sus resplandores.

En este combate, yo no sé de lo que hemos de admirarnos más, si de la constante tenacidad del hombre en querer arrojar sobre el Sol divino todo el océano de su malicia para apagar el fuego benéfico que lo ilumina y da animacion, movimiento y hermosura, ó de la incansable bondad de la luz infinita en desarrollarse y acercarse más

y más al hombre, para que éste la conozca, la ame, la desee y la busque; seguramente no podemos ménos de sorprendernos al ver que nuestra fuerza sea tan gigantesca, pues se atreve á resistir á Dios, á mirarle con desden, y áun á rechazarlo con indignacion, pues todo esto nos demuestra nuestra espiritualidad y la grandeza de nuestros destinos, que sacrificamos á nuestra altanería. Pero yo me confundo y anonado cuando considero que la luz inmensa se reduce á un punto, que el Sol eterno se eclipsa y se queda sin resplandores, á fin de que el hombre se acerque á Él, lo palpe y lo examine, para que, ya que no ha querido reconocer las huellas de su luz, invisible en su naturaleza, visible en sus obras, la encuentre y la adore, reconociendo en ella la vida de su espíritu, el autor de su existencia, el principio de su bien, el germen de su inmortalidad, y la amorosa Providencia que le lleva por la mano al destino glorificador de todo su compuesto.

Y si admirable es la dignacion, más admirable es el modo con que Dios descubre al hombre su suavísima luz; porque nosotros, en nuestro orgullo, no sabemos manobrar sino levantando dos fortalezas contra una, y contra mil soldados diez mil, siendo la fuerza la suprema razon de los mortales. Pero Dios no obra de este modo para insinuarse en la razon del hombre, oponiendo al orgullo la humildad, al insulto la paciencia, y á la ingratitud los favores. La majestad se cubre con el harapo, la grandeza con las humillaciones, la luz inaccesible se encierra en el tosco barro, y con este proceder verdaderamente asombroso, los grandes castillos del orgullo humano se rinden, y confiesan con humildad que Dios es la luz de sus entendimientos: tal es la fuerza de las demostraciones divinas, que nos descubren las grandezas de su Sér invisible por las obras que se ha dignado realizar entre los hombres: *Invisibilia ipsius*, etc.

¿Cuándo ha tenido esta gran bondad el Sér divino?

Cuando se hizo hombre por nosotros, cuando murió en la Cruz; hasta entónces, los cielos cantaban la gloria de Dios, los astros la predicaban, la tierra, los elementos y toda criatura enseñaban al hombre que Dios tenía una providencia especial del mundo; pero desde que Dios tiene Madre, desde que espira, desde que este inmenso foco de luz se tapa con la triste manta de nuestra mortalidad, las ráfagas de su luz se dilatan, tocan á los corazones, los esclarecen, los inflaman y alimentan, y nadie hay que no conozca la existencia de la eterna luz por los excesos de amor que ha hecho por el hombre. *Invisibilia enim ipsius*, etc.

Hemos llegado ya á descubrir un misterio del amor divino, y con él el objeto de vuestra asistencia en este día al templo del Señor. Una luz infinita que se presenta al hombre, sin quererla éste mirar, se oculta entre las ignominias de la Pasión, y enseña al mísero mortal que su condicion no es tan desgraciada, porque vela sobre él una Providencia que lo rige y gobierna; y por una gradacion divina, aprendemos todos á caminar hasta el trono de luz inaccesible en que habita el Sér divino. Esta gradacion es María; María nos conduce á Jesus, que es el Verbo Hijo de Dios, y el Hijo nos conduce al Padre, que es la eterna luz; descubriéndonos de un golpe de vista, por lo que pasa en el Calvario, lo que es invisible en su naturaleza, la luz increada que nos ilumina y vivifica. ¿Qué viene á ser María desde entónces? La expresion sensible de la Providencia que vela por la salvacion de cada hombre.

Sí; Tú eres ¡oh Madre de Dios! la depositaria de los secretos del amor divino: lo creemos, y esperamos que algun dia hemos de saber de tus propios labios que debemos nuestra felicidad á tu providencia maternal. En esta fé y esperanza nos asiste el derecho de pedirte en este momento la gracia de tu Hijo, la iluminacion de su ros-

tro, para poder hablar con acierto de los misterios del amor increado. Aquí nos tienes, pues, arrodillados, saludándote dichosa entre todas las mujeres.

AVE MARÍA.

PARTE ÚNICA.

La existencia de la humanidad, con sus alternativas y modificaciones, sería un caos impenetrable, si no hubiera un libro divino que nos enseñase su origen, su nobleza, su degradacion y su caída. Esta es la única llave que abre las puertas de los arcanos, y nos hace comprender que tras la pérdida de la gracia original se siguió la ruina total del hombre, que pospuso la adopcion divina á un vil y ligero placer. Dios era un Padre amoroso, el hombre un hijo predilecto, y por culpa de éste, el Sér infinito se armó de todas sus iras, quedando el segundo en estado de rebeldía, estado que apenas duró un instante, por haberse presentado un pacificador que medió entre el Dios airado y el hombre que se sublevó con alevosía. La ignorancia de unos tiempos, el saber de otros, la barbarie de los antiguos siglos, la civilizacion de los actuales, la grosera supersticion unida á una filosofía refinada en unas épocas; la desdeñosa incredulidad al lado de una ilustracion debida á la Religion en otras, serian un misterio incomprensible, si no nos enseñara la Revelacion que el hombre dió en su origen una fatal caída.

En efecto; cayó el hombre, y se precipitó como el gran coloso que arrastra en su vuelco cuantos objetos están en contacto con él. Pero su caída no entrañaba el trastorno absoluto de las leyes que constituyen la complejion del mundo material, ni mucho ménos las que

forman el compuesto del moral. Como que estas leyes son independientes de la criatura, no tiene ésta imperio alguno en su permanencia, así como no tuvo influencia activa en su existencia, por ser estas leyes coeternas á la mente divina. El mismo sol que alumbró los arbolados del Paraiso, los mismos astros que alegraron la primera noche, los mismos céfiros que refrigeraron los ardores del fuego celestial de los primeros dias del mundo, son los que nos iluminan, los que nos regocijan y atemperan, despues de seis mil años. El mismo movimiento periódico, la misma majestad de revoluciones planetarias, todo marcha al impulso del imperio de una ley eterna.

Y ¿podia suceder lo contrario en cuanto á las leyes del mundo moral? Eran éstas, que el bien ejerciese su imperio en la tierra, como que su excelencia natural no podia ménos de atraer y cautivar suavemente á todo espíritu, siendo como es el bien la realizacion de la verdad, á cuya consecucion va el alma por instinto. Eran además, que el espíritu, no reconociendo trabas en sus obras, ni viéndose sujeto á violencia ó coaccion, ni intrínseca ni adventicia, viviria sometido al imperio de esta ley; pero de tal manera, que su obediencia, siendo libre, sería meritoria, fundada en la gracia de Dios, en la naturaleza del bien, que de suyo es amable, y en la hidalguía de la voluntad, que lo abrazaria con gusto y placer. De estos principios salia y se radicaba la adopcion y filiacion divina del hombre, predestinado desde la eternidad á ser hijo de Dios y heredero del cielo. Por consiguiente, tampoco podia la apostasía del hombre destruir las leyes del orden moral, pues son hoy las mismas que entónces: la gracia de Dios, el albedrío, el poder innato á la verdad, para deleitar, atraer y cautivar sin violencia ó coaccion.

La invariabilidad de este orden es conocida á todo hombre; á pesar de estar éste dotado de razon, apenas con gran esfuerzo es dueño de los elementos que ciega-

mente obedecen á una ley superior al hombre, y cuando estos desencadenan sus furias, nada hay que les resista. Ménos mutable es aún el orden moral, y esta inmutabilidad está impresa en cuanto se objeta á nuestra razon, porque el Sér infinito ha marcado las huellas de su naturaleza, tanto en la flor que matiza los campos como en el gigantesco roble que corona los montes; ni es ménos sensible su mano en el agua cristalina que serpea entre los sauces del valle que en las altivas olas del mar cuyas espumas humedecen las nubes. ¿Cómo ha de haber movimiento en la materia inerte de sí misma sin un primer motor? ¿Cómo ha de reinar el orden invariable en este movimiento, sin una inteligencia suprema, increada, infinita, que tenga las aguas en la palma de su mano y arrolle los cielos como un pergamino? ¿Cómo ha de existir esta inteligencia divina sin haber publicado las leyes que constituyen la armonía de los espíritus, imprimiendo en el bien la fuerza moral para que impere, estigmatizando el mal con el sello de su innata fealdad, para que la hermosura del espíritu extasie al espíritu, la fealdad retraiga á los hombres de estar en contacto con el segundo, teniendo el mérito de abrazar el uno y repudiar el otro? Sí; Dios publicó estas leyes, y las imprimió en el corazon de cada uno de los hombres: sin esto, no fuera justo cuando condena al malvado.

Pero confesemos nuestra debilidad: á pesar de que nuestra razon y conciencia nos conducen hasta el Sér divino, una deleitándose en el bien y deseando poseer el infinito, y no encontrando saciedad en nada de lo visible porque no hay suficiencia limitada que pueda llenar el horizonte inmenso de nuestro corazon, y otra inspirándonos terrores cuando obramos mal, y echándonos en cara nuestra depravacion, que nos lleva á una ruina inevitable; no pudiéramos dejarnos cautivar meritoriamente de los atractivos del bien, sin que una gracia es-

pecial nos previniese y nos acompañara. Por eso, católicos, Dios decretó salvar al hombre por la gracia de su Hijo. En su eterna filiacion emite la nuestra; y si aquél no se hubiese dignado hacerse visible en nuestra naturaleza, siendo nosotros hijos de ira, como dice el divino Pablo, nos hubiéramos olvidado de nuestra sublime dignidad, de nuestra adopcion y de nuestros futuros destinos. Predestinados en Jesucristo y por Jesucristo á ser compañeros de su gloria, lo hemos sido tambien á la gracia para conseguirla, siendo para Dios una misma cosa el que santifica y los que son santificados, razon por qué, como afirma el mismo Apóstol, no se avergüenza el Hijo de Dios de llamarnos hermanos suyos.

En efecto: para llevar á cabo la santificacion del hombre, y convencer á toda la humanidad de que es la hija adoptiva de Dios, se realizó en un tiempo dado la Encarnacion del Verbo, que era el gran secreto de la eternidad. ¡La Encarnacion de Dios! ¡Ah! En este misterio que la humanidad no ha estudiado lo bastante todavía para agradecersele, se manifiestan de un modo sensible las ideas divinas. Así como nuestra palabra material es propiamente la encarnacion de nuestra idea espiritual, que se hace sensible y se materializa en cierta manera para que, quedando ella intacta en su naturaleza y sin salir del santuario de nuestra alma, llegue á los oidos del que nos escucha, se inocule en su espíritu y ejerza un imperio pacífico sobre él, así tambien la Encarnacion del Verbo divino es la sensibilizacion de las ideas de Dios, la trasmision de ellas á nuestro espíritu por medio de la voz y de la palabra de Aquél que, hablando en la hermosura de los cielos, en el orden de los tiempos y en toda la naturaleza, ni era creído ni escuchado, pero que viene á expresarse con nuestro mismo acento, y á decirnos en nuestro propio lenguaje lo que Dios su Padre piensa y pensaba sobre nosotros desde toda la eternidad.

No nos ocupemos de las acciones del Hombre-Dios. Sentemos por principio que tiene una Madre que le ha dado el sér humano, y sin detenernos á pensar que este Dios es un Niño, un mancebo, un jóven, que forma una escuela y que se levanta contra Él la razon humana, abusando de su propio albedrío en desechar un bien que es la delicia de los ángeles, fijemos nuestro pensamiento en las palabras de este Hijo del Altísimo, entregado de su propia voluntad á sus enemigos, convertido en manso cordero; si le preguntan, responde; si le insultan, sufre; si le denuestan, calla; si le azotan, si le coronan de espinas, si le clavan á ignominioso madero, Él, siempre humilde y paciente, no despliega sus labios, para quejarse en silencio del que lo hiere injustamente. (Ep. *S. Petri*, cap. v.)

¿Sabeis cuándo habla este pacificador del mundo? Cuando el sacrificio está á punto de consumarse, y cuando, clavado ya en la Cruz, ni los hombres pueden retroceder de la obra de iniquidad que han perpetrado, ni Él puede dejar de abrir su boca, porque sus palabras estaban escritas en la mente de su Padre, y debia pronunciarlas su Hijo en el momento soberano de su muerte, como el hijo del príncipe promulga y publica lo que el Rey ha sancionado en el interior de su alcázar en bien del pueblo. Escuchad, señores, estas palabras, que no son otra cosa que la manifestacion de las ideas divinas, segun el orden que tienen en la mente de Dios.

La gracia original se disipó á impulso del huracan del pecado; y habiendo debido desaparecer con la pérdida de aquélla la filiacion divina del hombre, para que ésta subsistiese fué necesario que la gracia de pura bondad del Criador fuese sustituida por la de remision de la culpa obtenida por la mediacion del Verbo: para saber lo que ocurre en el Paraiso terrenal, no hay más que presenciar lo que pasa en el nuevo Paraiso, en el Gólgota.

Allí están el nuevo Adan y la nueva Eva ; allí tambien veo yo un sér que representa en su verdadero tipo al viejo Adan, con sus remordimientos, su confesion, sus penas, su humillacion y su arrepentimiento, á lo que se sigue la misericordia, la gracia y la promesa del nuevo Paraiso. Jesucristo habla alternativamente con su Padre y con los hombres, consolando á éstos y rogando á Aquél.

Cuando se dirige por primera vez al Padre Eterno pidiéndole perdon para sus enemigos, ¿quién no ve que este personaje es el mismo que en la primera caida del hombre se interpuso entre Él y el Dios airado, diciéndole en el Paraiso lo que ahora repite en la Cruz? «Padre, perdónales, que no saben lo que hacen.» *Pater ignosce illis, quia nesciunt quid faciunt.* ¿Creeis acaso que los judíos que crucifican al Ungido de Dios son los únicos enemigos que tiene? Lo son todos los hombres, como dice el divino Pablo: «Desde Adan hasta el último de sus vástagos, no hay uno que no haya vilipendiado la Majestad infinita.» *Cum inimici essemus, reconciliati sumus per sanguinem ejus.* Elevémonos en las alas de la fé á la primera escena del mundo en el órden moral, á la primera infraccion de la ley eterna del imperio del bien, y oiremos al Verbo eterno que dice á su Padre: «Padre mio, Adan se ha obcecado en la concupiscencia; Adan no sabe, porque no ha pensado en la balanza de la justicia, todo lo que pierde; no ha pensado en la pena á que se condena, ni en tu gloria y gracia que pierde; perdónale ¡oh Padre mio! porque no sabe lo que ha hecho.» *Pater ignosce illis, quia nesciunt quid faciunt.*

Podria acaso dudarse de la eficacia de esta plegaria; podria creerse que Adan continúa en su contumacia, y que es todavía enemigo de Dios. Pues bien; junto á Jesucristo hay un malvado, verdadero trasunto del hombre criminal, que conculca la ley eterna, pero que se arrepiente y pide perdon, que confiesa su culpa y halla mi-

sericordia, verdadero retrato del antiguo Adan, condenado á morir por su maldad; el primer cuidado del Dios moribundo es dirigirle una palabra de amor, en que le asegura la remision y la gloria eterna. Podria tambien dudarse del valor intrínseco de nuestras almas; podria suponerse que, siendo Dios impasible, nada podian influir en Él los tormentos. ¡Ah! ¿Quién podrá caer en tal estado de demencia, que no conozca su valor infinito? Sí, infinito, porque tanto vale un objeto, cuanto es el precio que se da por su adquisicion, y por cierto que la conclusion es bien matemática; Dios ha dado su vida por mi alma; la vida de Dios es de un valor infinito; luego el valor de mi alma es tambien infinito estimativamente. Por esto, católicos, Jesucristo habla en la Cruz por tercera vez, y explica el horror de sus tormentos, quejándose á su Padre de que lo ha abandonado. ¡Palabras sublimes! Ellas nos dicen lo que nosotros valemus, y nos explican lo que Dios padece por alcanzarnos la gracia de la remision y la filiacion divina con que nos ha adoptado.

Todo esto ocurrió en el Calvario, y no es más que la representacion sensible de lo que ocurrió en el Paraiso entre el Padre airado, el hombre apóstata y el Verbo mediador.

Pero, católicos, Jesucristo no muere sólo: á su lado hay una heroina, que con paso generoso y firme le ha seguido por el camino de los ludibrios, y se estaciona junto al patíbulo en el paraje de la ejecucion. Lo que pasa entre estos dos séres, las palabras que el Dios paciente dirige á su Madre y á un discípulo que está con ellos, son el desarrollo de todas las ideas divinas en órden á nuestra predestinacion eterna. La Providencia divina, que rige y gobierna cuanto ha salido de su mano, nos descubre la complacencia con que cuida de nosotros como un padre de sus hijos. Y su vigilancia sobre cada uno de los hombres es tan especial, que, comparada con la que